

LETRAS A TELDE
1351-2001



TELDE Y SU ENTORNO EN LA
LITERATURA
Antonio Cabrera Perera

CONFERENCIA

LETRAS A TELDE
1351-2001



TELDE Y SU ENTORNO EN LA
LITERATURA
Antonio Cabrera Perera

Ciudad de Telde, 26 de Enero de 2001

- © M.I. Ayuntamiento de Telde
- © Preliminar: Lydia Alonso Quesada y Victoriano Santana Sanjurjo.
- © Del texto: Antonio Cabrera Perera

Edición, composición y diseño gráfico: M.I. Ayuntamiento de Telde.
Coordina el Proyecto *Letras a Telde, 1351-2001*: Concejalía de Cultura
Asesores del Proyecto: Lydia Alonso Quesada y Victoriano Santana Sanjurjo.

Depósito Legal: GC 76-2000
ISBN: 84-89104-21-2

Imprime: Imprenta Gráficas Las Huesas

ÍNDICE

Preliminar	9
<i>Telde y su entorno en la literatura</i>	11
Bibliografía citada	41

PRELIMINAR

Admirada y admirable. Así es como cabe describir la figura del profesor Cabrera Perera (Las Palmas de Gran Canaria, 1926), quien gracias a su dilatada trayectoria docente, la fecundidad de su actividad investigadora y la indiscutible eficacia demostrada en sus cargos administrativos ha logrado granjearse el respeto y admiración de toda la comunidad universitaria, educativa y cultural de nuestro país. Sus más de 40 años como docente tanto en Enseñanzas Medias como, sobre todo, en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, actualmente como profesor emérito; su autoría en publicaciones tan importantes como *Ángel Guerra, narrador canario* (Cátedra, 1983), *Las Islas Canarias en el mundo clásico* (Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, 1986) o su reeditada edición de *La Lapa* de Ángel Guerra (Cátedra, seis ediciones desde 1978 hasta 1997); y la encomiable tarea llevada a cabo como Director de la Biblioteca Pública del Estado de Las Palmas (1959-1991), Director del Centro Provincial Coordinador de Bibliotecas de Las Palmas (1962-1991) o como Delegado Provincial del Ministerio de Cultura en Las Palmas (1978-1980), entre otras ocupaciones, son, sin duda alguna, la mejor tarjeta de presentación de este Doctor en Filología Románica y Funcionario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, quien atesora, entre otras distinciones y reconocimientos, la Gran Cruz de la Real Orden de Alfonso X el Sabio (1970), la Cruz del Mérito Militar con distintivo blanco de Segunda Clase (1970), la Medalla de Plata de la Cruz Roja (1970) y la inclusión en el *Marquis Who's Who in The World* de 1984 por su condición de *distinguished educator from major universities and colleges*.

La conferencia que inaugura el ciclo “Letras a Telde, 1351-2001” es una visión panorámica de las referencias histórico-literarias a Telde desde Abreu Galindo o Torriani hasta la reciente obra biográfica del Corredera escrita por Gustavo Socorro. A partir de unos amplios y elocuentes pasajes de indudable valor testimonial que reproduce nuestro conferenciante, el profesor Cabrera Perera logra concluir su exposición resaltando, más si cabe, la tesis que desde el principio defiende: que Telde siempre estuvo presente en los escritores del momento por ser desde sus comienzos *uno de los lugares más interesantes de las famosas Islas de Canaria*. Viana, Lope de Vega y, sobre todo, Julio Verne, por citar algunos, forman parte de la lista de escritores que de forma más o menos explícita acudieron a las peculiaridades geográficas y sociales de Telde, entre otras, para vertebrar algunos de sus fragmentos más aplaudidos. Pero no queda aquí la cuestión. Una tierra para la literatura es una tierra de literatos. Así las cosas, el profesor Cabrera Perera también hace hincapié en la fecunda tradición literaria que posee nuestra Ciudad y que, en última instancia, personaliza en figuras de indudable reconocimiento en nuestras letras como Montiano Placeres, Fernando González o Saulo Torón, el más grande de los poetas de Telde, a juicio de nuestro conferenciante.

Telde y su entorno en la literatura es, pues, un interesantísimo trabajo que bien merece la pena guardarse entre las páginas de un libro como el que tiene en sus manos. Sería una verdadera lástima dejar que las sabias enseñanzas que contiene su disertación se vayan con el viento o queden parcialmente retenidas en la memoria de los asistentes. De ahí el volumen que presentamos en este Preliminar y, por extensión, los que compongan la serie de doce trabajos previstos para el ciclo de conferencias “Letras a Telde, 1351-2001”, con el que tratamos de homenajear la fecunda tradición que la lengua y literatura españolas ha tenido en nuestro municipio desde su fundación, hace ya 650 años.

Lydia Alonso Quesada - Victoriano Santana Sanjurjo

Cuando me hablaron de intervenir en este ciclo de conferencias organizado por la Concejalía de Cultura del Muy Ilustre Ayuntamiento de Telde para hablar a los teldenses de su Ciudad, me vino de inmediato a la memoria aquella frase pronunciada por aquel poeta judíoconverso llamado Antón de Montoro, conocido por el apodo de *Ropero de Córdoba*, cuando uno de los más estimados poetas del siglo XV, el Marqués de Santillana, le pidió copia de sus versos, que eran muy estimados. Montoro se excusó delicadamente diciendo que darle copia de sus versos a tan gran poeta sería ir a vender miel a un colmenero.

Honradamente pienso que todos los que están aquí saben mucho más de Telde y de su entorno, porque lo han mamado y lo han vivido, que yo, que lo he visitado muchísimas veces, pero siempre de paso y que más bien los conozco a través de lo que sobre esta Ciudad se ha escrito.

Por eso me parece más lógico hacer llegar a ustedes las ideas que de Telde yo he sacado a través de los libros y de las páginas de nuestra Literatura.

Telde, desde sus comienzos, fue uno de los lugares más interesantes de las «famosas Islas de Canarias» y sería pretender descubrir el Mediterráneo si les dijera que el primer Obispado de nuestra isla se estableció en esta ilustre Ciudad.

Nuestro gran historiador Fray Juan de Abreu Galindo en su *Historia de la conquista de las siete islas de Canaria* dice que

Telde es la más antigua población de esta isla de Canaria.

Uno de los libros más antiguos sobre las islas, escrito por Leonardo Torriani, que no era un historiador sino un ingeniero enviado por Felipe II para inspeccionar las fortificaciones e in-

formar sobre lo que se necesitaba para llevar a cabo la defensa del archipiélago, es la *Descripción e Historia del reino de las Islas Canarias*. En él Torriani dedica el capítulo XLVIII a la Ciudad de Telde.

Nos dice que

Esta es una ciudad muy pequeña de trescientos fuegos, situada cerca de un río y a poca distancia de dos grandes poblaciones antiguas que en lengua canaria se llaman Tara y Sendro...

[Telde] está en un llano, a dos millas de distancia de la costa del mar que mira hacia Oriente. A sus espaldas y por parte del sur, a algunas millas de distancia tiene la montaña que con su horizonte limpio y sereno ofrece a la vista un panorama de grandísima amenidad, y envía hacia abajo las frescas ventoleras de un céfiro extremadamente templado que allí sopla; de modo que su continuada quietud parece ser la verdadera paz de los elementos y la antigua felicidad que los poetas cuentan de estos campos.

Su campiña y las orillas del río son muy ricas en azúcar, vino, trigo, cebada, y en los demás tesoros de la tierra. La ciudad está habitada por gente noble que, aficionándose a la tranquilidad, huye de las disensiones y los litigios del Real de Las Palmas. Allí es donde se gozan el antiguo ocio y los placeres de la agricultura y las casas de campo. Su sitio es grande y fuera de proporción para cualquier fortificación; por lo cual me pareció que era preferible fortificar el sitio de Santa María, por ser un poco alto, rodeado por un pequeño barranco, por el río y por la parte que mira hacia Las Palmas, de donde podría venir socorro, caso de que los enemigos asaltasen por este lado de la isla, para saquear primero esta ciudad.

Los geógrafos que de ella se han ocupado han vertido sobre Telde los más cálidos elogios.

A don Pascual Madoz y Cortés, político español del siglo XIX, que fue además un interesante escritor, se le debe un notable *Diccionario geográfico, histórico y estadístico de España y sus posesiones de ultramar*, publicado en Madrid entre 1845-1850, que todavía sigue siendo un libro de utilísima consulta. La editora Interinsular Canaria publicó en 1986 una edición facsímil de este *Diccionario* pero sólo incluyendo todos los datos relativos a Canarias, con lo que el libro se convierte en una semblanza

geográfica de las Islas Canarias a mitad del siglo XIX. En el *Diccionario* se le dedican casi cuatro páginas al municipio de Telde. Solamente quiero destacar la descripción que hace de esta Ciudad. Dice que

Telde no se halla fortificada, encontrándose tan sólo a muchas millas de distancia, y a lo largo de la costa, algunas fortalezas como la famosa torre de Gando y el castillo de Romeral.

Se divide en tres grandes barrios llamados de Telde, los Llanos y San Francisco, con hermosas casas, de las cuales la mayor parte tienen jardines y constan de uno o dos pisos de sencilla pero elegante construcción con grandes azoteas o terrados y su número asciende a 1.088; sus calles son anchas, rectas y empedradas, teniendo las del barrio de Telde, que es el centro de la población, grandes aceras formadas con baldosas de las canteras del país. Las plazas principales son tres, la de San Juan, donde se encuentran las casas del Ayuntamiento, la Alameda y la iglesia parroquial; la de San Gregorio, donde hay todos los domingos una feria muy concurrida; y la de Arauz notable por su gran extensión...

En el recinto de la población sólo ha existido un convento que perteneció a la orden de San Francisco, con una hermosa iglesia unida al edificio y situada en la plazuela de su nombre: se fundó en 1612 con título Nuestra Señora de la Antigua. Hay además dentro de la ciudad una ermita bajo la advocación de San Pedro Mártir y otra bajo la de San Sebastián, ambas muy capaces y aseadas y en el término se encuentran la iglesia de Iglesia de Ntra. Sra. de la Concepción, en el barrio de Tinámar (sic), de San José en el valle de los Nueve, de San Antonio en el Tabaibal y de San Roque en el valle de Caseres. Se encuentra asimismo un hospital muy antiguo, titulado de San Pedro Mártir, donde se curan muchos enfermos pobres, cuyo local es bastante espacioso y ventilado. Fue fundado pocos años después de la conquista por una caritativa canaria, llamada Inés Chamaída, en su propia casa, donde recibía y asistía los enfermos, dejando a su fallecimiento todos sus bienes, para que continuase esta buena obra; tal fue el origen de este hospital que llegó a ser uno de los mejores de las Canarias, por su esmerada asistencia.

Pero, sin duda alguna, las mejores páginas y más acordes con la realidad actual se debe a uno de los más eximios escritores canarios, don Claudio de la Torre en su famosa guía titulada *Las Canarias orientales: Gran Canaria, Fuerteventura y Lanzarote*.

Dice en ella:

Telde está a 13 kilómetros de Las Palmas y a 116 metros sobre el nivel del mar. Fue el primer núcleo colonial de la isla, o sea el lugar en que los conquistadores se convirtieron en colonizadores, dada la gran cantidad de tierras y aguas que obtuvieron del primer repartimiento hecho por Pedro de Vera. Entre los hombres ejemplares que contribuyeron más eficazmente a esta transformación, figura el conquistador Cristóbal García del Castillo, tronco con su hijo Hernán, de la Casa Condal de la Vega Grande. En unión de Hernando de Carrión, entre otros, supo García del Castillo crear una floreciente agricultura y más tarde la industria derivada de la caña del azúcar. Telde de este modo llega rápidamente a adquirir un gran auge y nos ofrece a los pocos años el aspecto de un poblado en continuo laborar. En torno a la industria del azúcar se mueven castellanos, aborígenes, portugueses y flamencos, ya que el mercado principal del azúcar es por entonces Flandes.

Como recuerdo maravilloso e insustituible de esa actividad comercial con los flamencos está el grandioso retablo de San Juan de Telde, consagrado a la Anunciación, que es uno de los más bellos polípticos¹ escultóricos del arte flamenco.

Sigue diciendo Claudio la Torre:

Una nueva población viene a sumarse a la animación de la colonia. Son los primeros esclavos. Al principio forman este sustrato los moriscos, pero rechazados por la Iglesia en nombre de la pureza de la fe, pronto se les sustituye por los negros africanos. Así, a todo lo largo del siglo XVI bulle en Telde el trajín del azúcar, entre el olor de las melazas y el resplandor de los hornos, día y noche encendidos.

Viven en el poblado factores y maestros de la reciente industria, mercaderes, soldados, caballeros y clérigos. Bajo la mirada vigilante del santo Oficio se desatan con frecuencia las pasiones; las consejas, la magia, los crímenes, la herejía. Todo esto, entre el olor de la miel...

Consecuencia de este conglomerado de vidas y costumbres fueron los distintos barrios en que Telde se organizó. Tuvo su barrio colonial, de noble empaque, presidido por la antigua parroquia de San Juan.

En la casa solariega de los Condes, que aún conserva un aire entre

¹ Obra o libro antiguo de varias hojas.

convento y fortaleza, estuvo la Ermita de San Pedro... En el barrio contiguo de San Antonio, dentro del núcleo colonial, pueden verse algunas fincas señoriales de recreo... El barrio monástico está representado por el convento de San Francisco de gran importancia cultural en el pasado... El tercer barrio de Telde es el de los Llanos, núcleo preferentemente campesino, verdadero artífice de la agricultura de esta zona, en la que se encuentran todavía los poblados aborígenes de Tara y Cendro.

No debe extrañarnos, pues, después de estas consideraciones, que Telde fuera casi siempre el lugar de entrada de todos los foráneos que querían apoderarse de la isla. Según las referencias de los historiadores, Telde fue lugar de entrada y siempre los conquistadores atacaron por sus cercanías. Torriani, en su libro ya citado, dice:

Se cree que los mallorquines que vinieron con la armada de don Luis de la Cerda llevaban consigo muchos útiles para construir y que, al desembarcar sin sospecha en la playa de Almenara, frente a la ciudad de Telde, fueron capturados por la muchedumbre de isleños que acudieron a la orilla, para oponerse a la entrada.

Abreu Galindo, en su *Historia de la conquista de las siete islas de Canaria*, hace constar que

Llegados los navíos de los mallorquines a estas islas de Canaria... tomaron puerto en Gando, entre el puerto de Telde y el de Agüimes; y, con la fatiga que la mar suele causar a los que navegan, tomaron tierra, por estar allí una sosegada playa y estar seguros y no haber hallado resistencia... Los vecinos de Telde y Agüimes que son allí comarcanos, una legua la tierra adentro, como vieron en su término gente extraña, y pasearla tan descuidadamente... se juntaron algunas cuadrillas; y, viniendo sobre ellos con gran grito y alarido, con sus armas, que eran piedras y garrotes, hirieron algunos que se quisieron defender. Mas, como los acometedores eran muchos, y pocos los acometidos, se rindieron todos y los llevaron a Telde y los repartieron por la isla.

Torriani es más explícito y añade:

Pero con el tiempo, aumentando la generación de los mallorquines, de modo que les parecía poder enfrentarse con los isleños, empezaron a predicar el evangelio y a querer cambiar las cosas de éstos; y ellos tomaron las armas y los mataron a todos y a los que habían

nacido de ellos. Los frailes franciscanos fueron precipitados desde la altura de un monte.

Continúa Abreu Galindo que los canarios les dieron buen tratamiento a los prisioneros.

Los mallorquines fueron solícitos, diligentes y astutos en agradecer y complacer a los canarios que les tomaron mucha amistad.

Hicieron los mallorquines dos ermitas de piedra seca muy bien labradas... Pasados algunos años vino a esta isla falta de mantenimiento y a enfermar y a morir. A cuya causa juntándose los del gobierno acordaron con mucho secreto matar a los mallorquines, para suplir parte de su necesidad... Y a los frailes, por el respeto que les tenían, los echaron en una sima que está en el término de Ginámar, media legua de la mar, camino de Telde... En esta sima los echaron, sin que se tuviese noticia cierta dónde habían de ir a parar, por su profunda hondura, más que de ahí a ciertos días hallaron en la costa del mar, en aquel paraje, rastro de sus vestidos.

Rumeu de Armas, en su libro *Piraterías y ataques navales contra las Islas Canarias*, nos habla igualmente de una expedición portuguesa en 1415 que intentó desembarcar en la región de Telde, pero sus intenciones resultaron fallidas. En 1424 hay otra nueva intentona portuguesa, pero tuvieron que abandonar la empresa por falta de víveres y escaso tiempo para someter a los naturales.

Seguiremos viendo algunos intentos de otros ambiciosos de estas islas y el reflejo que de este episodio ha quedado en la Literatura.

El primer Obispado erigido por los Papas en las Islas Canarias es el de Telde. Su fundación estuvo vinculada a las expediciones de los mallorquines y al Reino de Aragón. Y su existencia corrió la misma suerte que la de ellos.

El primer viaje conocido de los mallorquines por el Atlántico de las Afortunadas data de 1342, apoyado por Jaime III. A la Curia Papal de Aviñón llegaron noticias de esta nueva tierra descubierta allende las Columnas de Hércules y entonces se van

a dar una serie de circunstancias que abocan en la expedición por el Papa Clemente VI de la bula *Coelestis rex regum*, el 7 de noviembre de 1351, por la que se erigen en Diócesis estas islas atlánticas y se nombra al carmelita Bernardo Font como primer obispo. Pero fray Bernardo no fue nunca a su Diócesis y fue trasladado en 1354 a Santa Justa de Cerdeña. La sede está vacante durante siete años. En 1361, el Papa Inocencio VI nombra obispo al dominico fray Bartolomé, que tampoco acude a su obispado y la sede queda vacante otros ocho años. El 2 de julio de 1369 el Papa Urbano V nombra al franciscano Bernardo Tarí nuevo obispo de Telde. Fray Bernardo regentó su Diócesis hasta su muerte a finales de 1391.

El 31 de enero de 1392 el Papa Clemente VII nombra obispo de Telde al dominico Jaime Olzina, de quien se sabe que una vez consagrado obispo estuvo en Mallorca y que en 1400 fue nombrado obispo auxiliar de Zaragoza.

En 1404 ya se había creado el Obispado del Rubicón en Lanzarote y el de Telde quedó extinguido «de facto» por fracaso de las misiones en Gran Canaria y de las expediciones mallorquinas. El Obispado de Telde quedó como «sede titular», renovada en 1960 por el Papa Juan XXIII con rango arzobispal.

La creación del Obispado de Telde, primero del Archipiélago, queda reflejado en el escudo de armas del Municipio de Telde, aprobado por Decreto de 30 de agosto de 1974. En el cuartel superior del escudo hay una llave, un sol y un báculo de oro. El sol simboliza la unidad del municipio y la abundancia y riqueza que su agricultura y la fertilidad de sus campos han ejercido a lo largo de su historia. La llave representa la suprema jerarquía de la Iglesia, y el báculo es el emblema de la jerarquía episcopal que ostentaban los preladados de esta sede.

En la parte inferior del escudo hay una divisa de plata, con un lema latino en letras de sable que dice:

Fortunatarum prima civitas et sedes

Primera ciudad y sede episcopal de las Afortunadas

De Telde se han ocupado, como es natural, todos nuestros historiadores: Abreu Galindo, Núñez de la Peña, Viera y Clavijo, Marín y Cubas, Don Gregorio Chil Naranjo, Millares Torres, Rumeu de Armas, etc.

Abreu Galindo le dedica más de 20 páginas. Núñez de la Peña y Viera y Clavijo, más de sesenta páginas. Marín y Cubas, unas treinta y nueve, y el Dr. don Antonio Rumeu de Armas, además de los libros específicos sobre la Ciudad o sobre el Obispado, le dedica en sus *Piraterías*, más de noventa y tres páginas.

Nuestros historiadores Abreu Galindo, Núñez de la Peña, Viera y Clavijo, Marín y Cubas, el Doctor Chil y Agustín Millares coinciden en casi todo lo que hablan de Telde. La historia no se escribía de una manera tan crítica y escrupulosa como ahora, en que todos los datos han de estar demostrados y han de ser corroborados. Entonces se repetían las mismas narraciones y las mismas anécdotas, tomándolas siempre del autor que se consideraba más fidedigno. Así pues, no nos debe extrañar que veamos coincidencia en los aciertos y en los errores. Hoy vemos que los historiadores matizan e hilan muy fino y prefieren dejar un vacío en la narración, antes que introducir cualquier conseja.

Telde y las gestas de sus hombres han llegado a las páginas de la Literatura e incluso sigue dando grandes hijos, en política, en literatura, en historia, en arte, en religión, etc., que siguen aumentando la pléyade de ilustres teldenses. Citar todos los nombres sería hacer de esta charla algo enojoso, plomizo e interminable, por lo que me ceñiré a los más importantes nombres. No quiero pasar por alto los nombres de indígenas ilustres, como Doramas; de políticos, como don Fernando de León y Castillo; de ingenieros, como su hermano don Juan; de literatos como Montiano Placeres, Saulo Torón o Fernando González; de historiadores, como don Gregorio Chil Naranjo; de artistas como José Arencibia o Plácido Fleitas y de hombres de la igle-

sia como don Pedro Hernández Benítez.

La primera vez que Telde aparece en las páginas de la Literatura es en el libro *Antigüedades de las Islas Afortunadas* de Antonio de Viana.

En el Canto II del Poema se leen los siguientes versos:

Fuese desde allí Silva a Lanzarote,
no queriendo más guerras con canarios,
avisándole a Diego de Herrera
de todo por extenso, y viendo el caso,
y la pujanza de los enemigos,
y los continuos trances de batalla,
pacos trató con otro Guanarteme,
que llamaron de Telde, a diferencia
del que reinaba en Gáldar, que éstos eran
los reyes y señores de la isla,
para con estas paces y seguro
poderles destruir con más secreto
y hacer más en salvo la conquista,
con tal que, como amigo, consintiese
y le dejase hacer en el distrito de Gando,
una gran casa, fuerte y torre,
donde pudiese recoger su gente...

Más adelante continúa:

le dio Herrera treinta infantes, hijos
de sus vasallos, y fundó la torre
con ayuda de muchos naturales.
Después de hecha y bien fortificada
se volvió a prevenir a Lanzarote,
y a convocar más número de gente,
dejándoles mandado a los soldados
que la tierra corriesen, y en escuadras
en los canarios gran matanza hiciesen
de los de Telde, o Gáldar, en secreto,
porque en el ínter, con mayor pujanza
volverla a la isla en breves días:
hicieron muchas y diversas veces
estrageo y mortandad en naturales,
pero siendo sentidos, propusieron
tomar venganza, y puestos en celadas
con ellos combatieron de tal suerte

que allí murieron, sin quedar ninguno
de los que fuera de la torre andaban:
y después se vistieron sus vestidos,
y a la vista de la torre caminaron
con suma de ganado, como presa,
y con bandera y cajas, y huyendo
fingieron ser de España, y que otros muchos
de los canarios iban en su alcance,
trabando gran batalla con industria.
Salieron de la torre los cristianos
a priesa a dar socorro a sus amigos,
y halláronse burlados sin defensa,
que otros canarios puestos en celada
por las espaldas les cercaron luego,
tomándoles la casa fuerte y torre,
sin que ninguno a vida se escapase.

La primera vez que la gente y los aledaños de Telde saltan a la Literatura nacional es en el siglo XVI, con el más grande poeta español de todos los tiempos, Fray Lope Félix de Vega Carpio.

En 1598, Lope publica su poema *La Dragontea* en donde cuenta las aventuras del corsario inglés en Canarias y en América.

En el Canto III le dedica diez octavas reales a la narración de la acometida a Canarias:

¡Con estas arrogancias sale agora
la inglesa fuerte y codiciosa armada
juzgándose del mundo vencedora,
a la prosecución de su jornada!
Corre el inglés de su rosada aurora
hasta Canaria por probar la espada,
¡como si fuera gente que pudiera
huir el rostro a su arrogancia fiera!

«Aquí—les dice—, amigos, este saco
será para regalo del viaje,
que de conservas dulces viene flaco
el salado y naval matalotaje»
Como blasona entre los bueyes Caco
antes que Alcides por Italia baje;
ya puede ser que alguno el porte pida,
que no hay dulce sin agro en esta vida.

Su armada en luna extiende, porque arribe
desde la fortaleza el baluarte
en cuya lengua de la mar recibe
daño cruel por una y otra parte.
Con gente veinte lanchas apercibe,
y a la ciudad apercibida parte
donde ochocientos hombres le esperaban
con salva, en que su gente condenaban.

Eran arcabuceros y piqueros,
y jinetes de costa valerosos.
Cuarenta ingleses matan los primeros,
retirando los otros temerosos.
Conocidos del Draque sus aceros,
y los pasos del puerto peligrosos,
volvió la espalda e hízose a la vela,
que allí no le valió fuerza o cautela.

Cinco leguas corrió más adelante,
mas no hay remedio aunque la isla ciña,
para sus pretensiones importante,
por más que sus montañas escudriña.
Determinase hacer agua bastante,
y veinte ingleses pone en la campiña
que llaman los isleños Melenara,
pero el agua vendióla allí muy cara.

Que ciertos ganaderos que a sus dueños
guardaron más el agua que las reses,
ya con tejidas hondas, ya con leños
como troncos de pinos o cipreses,
prueban los brazos rústicos isleños
en los soldados míseros ingleses,
como ministros de ayudante en fragua
haciéndoles llevar sangre por agua.

Que como no eran de David soldados,
ni la cisterna de Belén aquella,
quedaron en el campo destrozados
sin llevar al Dragón el agua de ella.
A cuál deja los sesos machucados
la voladora piedra, que con ella
no hiciera más extraña batería

el pedrero mejor de artillería.

Hinchan los nervios de los fuertes brazos,
y con rústica voz escaramuzan,
dividiendo los cuerpos en pedazos,
las piernas quiebran y las caras cruzan,
Al que por su desdicha viene a brazos,
crujiéndole los huesos desmenuzan,
y allí se vio que al fin de tantos robos
mueren a manos del pastor los lobos.

Como suele quedar después que ha sido
acabada la fiesta de los toros
este desjarretado, aquel tendido,
vertiendo sangre los abiertos poros,
así en el campo, el escuadrón herido
miraba el vencedor riendo a coros,
porque de veinte los catorce tienden,
y de seis que quedaban, los tres prenden.

Que los huidos se arrojaron luego
de aquellos riscos al tormento eterno,
que aun en la mar vencidos, se dan fuego
y se van a gozar el del infierno.
El Draque entonces de coraje ciego,
no le sonando muy alegre y tierno
de los canarios el presente canto,
arrojóse a la mar trocado en llanto.

Lope de Vega vuelve a ocuparse implícitamente dos veces más de esta comarca en dos de sus comedias: *La ingratitud vengada* y *Los guanches de Tenerife*.

En *La ingratitud vengada* uno de los personajes, Rodrigo, dice en el acto II:

Tañó bonito un discante²
y sé dançar el Canario
que soy natural de allí
y entre el azúcar criado.

En *Los guanches de Tenerife*, en el acto segundo, habla Lope de

² El discante es un instrumento musical, una guitarrilla pequeña, muy parecida al timple.

Figueroa con Don Alonso Fernández de Lugo y le dice:

LOPE. — Volvamos a Canaria, que mi hacienda,
mis ingenios de azúcar y otras cosas
haré que en plaza pública se venda,
y armaremos dos naves belicosas.
Gente haremos también que hacer emprenda
en Tenerife hazañas generosas.

ALONSO. — ¿Valdrá la hacienda?...

LOPE. — Nueve mil ducados,
que bastan para naves y soldados.

Pero el salto de los contornos de Telde, exactamente de la sima de Jinámar, a la Literatura universal se va a dar en un escritor francés de finales del siglo XIX: Julio Verne.

Don Claudio de la Torre, en su libro citado *Gran Canaria-Fuereventura-Lanzarote*, dice que de la comunicación del mar con el volcán (haciendo alusión a la Sima de Jinámar) se hace eco el novelista Julio Verne, al elegir, como el refugio del Nautilus, el fondo de un cráter que sitúa en las Islas Canarias y en el que tenía su arsenal el capitán Hatteras.

Creo que Claudio de la Torre ha tenido un lapsus al citar a Hatteras en lugar del capitán Nemo. El bergantín del capitán Hatteras, citado en la novela *Aventuras del capitán Hatteras*, se llamaba el Forward y tenía 160 toneladas, estaba provisto de hélice y de una máquina de vapor de 120 caballos. En esa novela cita tres veces al Nautilus, pero no lo describe, y da la sensación de que no se trata de ningún submarino, sino de un barco corriente que estaba anclado a muy poca distancia del Forward.

Sabemos que Julio Verne, nacido en Nantes en febrero de 1828, en su novela *Veinte mil leguas de viaje submarino*, sitúa el refugio del Nautilus del capitán Nemo, dentro de la comunicación que apuntaban nuestros primeros historiadores de la Sima de Jinámar con el mar.

Es una pena que, dada la brevedad del tiempo, no podamos leer las doce páginas en que Julio Verne nos describe el fondo del mar y el interior de la sima. ¿Fantasías?... ¿Ficción? ¿Realidad?...

Creo que hay de todo un poco. En el fondo del mar sitúa los restos de la famosa Atlántida, cuya relación no es otra cosa sino la interpolación de parte del famoso texto de Critias de Platón sobre el imaginario continente.

Incluso hace uso de la cita de Platón que pone en labios del sabio Solón: la narración de la Atlántida.

El capitán Nemo se acercó y me detuvo con un gesto. Luego, recogiendo del suelo un pedazo de greda, se aproximó a una roca de basalto negro y escribió sobre ella esta sola palabra:

ATLÁNTIDA

¡Qué rayo de luz atravesó mi espíritu! ¡La Atlántida, la antigua Méropis de Teopompo, la Atlántida de Platón, el continente negado por Orígenes, Porfirio Yámblico, D'Anville, Malte-Brun, Humboldt —para quienes la historia de su desaparición no era más que un relato legendario—, en contra de la opinión de Posidonio Plinio, Ammiano-Marcelino, Tertuliano, Engel, Sherer, Tournefort, Buffon, d'Avezac...! ¡Lo tenía ahí, ante mis ojos, ostentando aún las pruebas irrecusables de su catástrofe! Este era, pues, el país engullido por las aguas que existió más allá de Europa, de Asia, de Libia, al otro lado de las columnas de Hércules, donde vivía el pueblo poderoso de los atlantes, contra quienes sostuvo sus primeras guerras la antigua Grecia.

Fue el propio Platón quien consignó en sus escritos los grandes sucesos de aquellos tiempos heroicos. Su diálogo entre Timeo y Critias se halla inspirado en el poeta y legislador Solón.

Conversaba cierto día Solón con algunos sabios ancianos de Sais, una ciudad que tenía ya ochocientos años, como lo testimoniaban sus anales, grabados en el muro sagrado, de sus templos. Uno de aquellos ancianos narró la historia de otra ciudad mil años más antigua. Era la primera ciudad ateniense, que había sido invadida y destruida en parte por los atlantes. Según se decía, este pueblo ocupaba un inmenso continente, mayor que Africa y Asia juntas, extendido entre los 12° y los 40° de latitud Norte. El área de su dominación llegaba incluso a Egipto. Quisieron imponerla también sobre Grecia, pero la indomable resistencia de los helenos los obligó a retirarse. Pasaron los siglos. Y ocurrió un cataclismo, inundaciones, temblores de tierra... Una noche y un día bastaron para que fuera aniquilada la Atlántida, cuyas cimas más altas —Madeira, las Azores, las Canarias, las islas de Cabo Verde— emergen aún hoy.

Tales eran los recuerdos históricos que la inscripción del capitán Nemo había evocado en mi espíritu. Así pues, conducido por el más extraño de los destinos me era dado pisar una de las montañas de aquel desaparecido continente. Tocaba con mis manos aquellas ruinas mil veces seculares, contemporáneas de épocas geológicas. Caminaba exactamente por el mismo lugar por donde habían caminado los contemporáneos del primer hombre. Aplastaba con mis pesadas suelas los esqueletos de animales de épocas fabulosas, los que antaño encontraron cobijo a la sombra de aquellos árboles ahora petrificados.

¡Lástima no tener tiempo para más! Hubiera querido descender por las abruptas pendientes de aquella montaña, recorrer de punta a cabo aquel continente inmenso que sin duda unía Africa y América, visitar sus grandes ciudades antediluvianas. Allí, quizás, ante mi vista, se hallaba la belicosa Máquimos, Eusebés, la piadosa, cuyos gigantes habitantes vivían siglos enteros y estaban dotados de la extraordinaria fuerza que requirió la tarea de amontonar aquellos bloques de piedra que aún resistían la acción de las aguas. ¡Ruinas tragadas por el mar, que acaso un día sean devueltas a la superficie por algún fenómeno eruptivo! Se ha señalado la existencia de numerosos volcanes submarinos en esta parte del océano, y son muchos los barcos que han sentido extraordinarias sacudidas a su paso por encima de estos fondos atormentados. Unos oyeron ruidos sordos que denotaban la lucha de los elementos en las profundidades; otros han recogido cenizas volcánicas proyectadas fuera del mar. Todo el subsuelo, hasta el ecuador, se encuentra aún sometido a la acción de las fuerzas plutonianas. No hay que negar, pues, la posibilidad de que dentro de muchos años, acrecentadas por las deyecciones volcánicas y por las sucesivas capas de lava, asomen a la superficie del Atlántico nuevas cumbres de montañas volcánicas.

Mientras que me dejaba llevar por estos sueños, mientras que procuraba fijar en mi memoria todos los detalles de aquel grandioso paisaje, el capitán Nemo permanecía inmóvil, como petrificado en silencioso éxtasis, apoyados sus codos en una piedra plana cubierta de musgo. ¿Pensaba acaso en aquellas generaciones desaparecidas, como intentando conocer a través de ellas el secreto del destino del hombre? ¿Venía a este lugar aquel extraño personaje para empaparse en los recuerdos de la historia y revivir con el pasado, él que nada quería saber del presente? ¡Qué no hubiera yo dado por conocer sus pensamientos, por compartirlos por comprenderlos!

Permanecimos en aquel lugar durante una hora larga, contemplando la vasta llanura bajo el resplandor de las lavas, que alcanzaban a veces una sorprendente intensidad. La ebullición interna se traducían en

súbitos temblores que recorrían rápidamente la corteza de la montaña. Ruidos profundos transmitidos con perfecta nitidez en aquel medio líquido retumbaban con majestuosa amplitud.

En aquel momento la Luna apareció un instante a través de las aguas y bañó con sus pálidos rayos el continente sumergido. Fue sólo una vaga luminosidad, pero de efecto indescriptible. El capitán se puso en pie, echó una última mirada a aquella inmensa llanura, y luego me hizo ademán de que le siguiera.

El descenso fue rápido. Después de atravesar el bosque mineral distinguí el fanal del Nautilus, que brillaba como una estrella. El capitán se dirigió hacia él en línea recta, y llegamos a bordo en el momento en que las primeras luces del alba hacían clarear la superficie del océano.

CAPITULO X

LOS YACIMIENTOS DE HULLA SUBMARINOS

Al día siguiente, 20 de febrero, me desperté muy tarde. Las fatigas de la noche prolongaron mi sueño hasta las once. Me vestí en un santiamén, deseoso de conocer cuanto antes el rumbo del Nautilus. Los instrumentos me indicaron que navegaba hacia el Sur a una velocidad de veinte nudos y una profundidad de cien metros.

A poco entró Consejo y le conté nuestra excursión nocturna. Como los paneles estaban abiertos, él también pudo entrever una pequeña parte del continente sumergido.

En efecto, el Nautilus navegaba a sólo diez metros de la llanura de la Atlántida. Corría como un globo llevado por el aire sobre las praderas terrestres; aunque quizá sería más exacto decir que nos hallábamos en aquel salón como en el vagón de un tren expreso. Los primeros planos que pasaban ante nuestros ojos eran rocas recortadas fantásticamente, bosques de árboles pasados del reino vegetal al mineral y cuya inmóvil silueta se retorció bajo las olas. Eran también primeros planos de masas pétreas sepultadas bajo alfombras de axidias y anémonas, erizadas con largos hidrófitos verticales, o más allá bloques de lava extrañamente contorsionados, que evidenciaban en sus formas cuál fue el furor de las expansiones plutonianas que los produjeron.

Mientras aquellos parajes tan extraños resplandecían a la luz de nuestros aparatos eléctricos, narré a Consejo la historia de los Atlantes que, desde un punto de vista puramente imaginario, inspiró a Bailly páginas bellísimas. Le hablé de sus heroicas guerras y le expuse la

controversia en torno a la existencia de la Atlántida como hombre que ya no podía ponerla en tela de juicio. Pero me di cuenta de que Consejo estaba distraído y que apenas me prestaba atención. No me fue difícil averiguar la causa de su indiferencia por mis explicaciones históricas.

En efecto: su mirada se sentía atraída por los peces que en gran número pasaban junto al Nautilus; y cuando pasaban peces, Consejo se abismaba en el universo de la clasificación y abandonaba el mundo real. Así que no tuve mas remedio que seguirle y reemprender con él nuestros estudios ictiológicos.

Añadiré que aquellos peces del Atlántico no diferían sensiblemente de los que habíamos observado hasta entonces. Había descomunales rayas de unos cinco metros de longitud y dotadas de gran fuerza muscular, que les permitía incluso saltar por encima de las olas, diversas especies de escualos, entre los que destacaré un glauco de cuatro metros y medio, con dientes agudísimos de forma triangular y tan transparente que resultaba casi invisible en el seno del agua; sargos oscuros, humantinos en forma de prisma y acorazados por una piel con numerosos bultos, esturiones semejantes a sus congéneres mediterráneos, syngnatos trompetas, de casi medio metro de longitud, de color pardo amarillento, desprovistos de dientes y de lengua, pero dotados de unas pequeñas aletas grises que les permitían deslizarse como finas y flexibles serpientes.

Entre los peces óseos, Consejo registró el paso de makairas negruzcos, de unos tres metros de longitud y con la mandíbula superior armada con una penetrante espada; arañas de mar —que en tiempo de Aristóteles eran llamadas dragones marinos— de vivos colores, pero que resultan muy peligrosas de coger por los agujones de su aleta dorsal; corifemos de lomo pardo rayado finamente de azul y orlado de oro; hermosas doradas; crisóstonas-lunas —como discos de azulados reflejos que, cuando el Sol los ilumina desde lo alto, parecen manchas de plata —y, finalmente, sifias-espaldones, peces que miden unos ocho metros y que se desplazan en grupos numerosos merced a sus aletas amarillentas cortadas en forma de hoz; están armados con una larga espada de casi dos metros y son unos animales intrépidos —más herbívoros que piscívoros— que obedecen a la menor señal de sus hembras, como maridos bien domados.

La observación de todas estas especies de la fauna marina no me impedía a mí seguir examinando las extensas llanuras de la Atlántida. El terreno mostraba de vez en cuando algunos caprichosos accidentes, que obligaban al Nautilus a moderar su marcha y a deslizarse

con la seguridad de un cetáceo por entre las estrechas gargantas formadas por las colinas. Si el laberinto era demasiado complicado, el Nautilus se elevaba como un globo y, una vez franqueado el obstáculo, volvía a reanudar su rápida carrera a unos pocos metros por encima del fondo. ¡Fascinante y asombrosa navegación que recordaba las maniobras de un paseo en globo, con la diferencia de que el Nautilus obedecía dócilmente al más mínimo movimiento de la mano de su timonel!

Por la tarde, a eso de las cuatro, el terreno—hasta entonces formado por un limo denso mezclado con ramas mineralizadas—empezó a modificarse poco a poco: se hizo progresivamente más pedregoso y apareció sembrado de conglomerados, tobas basálticas y fragmentos de lavas y obsidianas sulfurosas. Supuse que la región de las montañas iba a suceder pronto a la de las grandes llanuras y, en electo, al realizar el Nautilus determinadas maniobras, pude divisar a lo lejos el horizonte meridional, cerrado por un alto murallón que parecía no tener ninguna salida. Su parte superior rebasaría, evidentemente, el nivel del océano. Debía de tratarse de un continente, o de una isla al menos, ya fuera alguna de las Canarias o de las de Cabo Verde. Aquel día no habían señalado en el mapa nuestra posición—quizás a propósito—, por lo que yo ignoraba dónde estábamos. En cualquier caso, aquel murallón me pareció señalar el fin de la Atlántida, de la que sólo habíamos recorrido una mínima parte.

La noche no interrumpió mis observaciones. Me había quedado solo, porque Consejo había vuelto a su camarote. Disminuyendo su velocidad, el Nautilus revoloteaba sobre las formas confusas del fondo, unas veces rozándolas, como si hubiera querido posarse en ellas, otras emergiendo caprichosamente a la superficie. En estas ocasiones podía distinguir a través de la delgada capa de agua, trasparente como un cristal, algunas brillantes constelaciones, y en concreto cinco o seis de las estrellas zodiacales que componen la cola de Orión.

Aún hubiera seguido pegado al vidrio del panel durante horas, admirando las bellezas del cielo y del mar, pero de pronto se corrieron las planchas que lo cerraban. En aquellos momentos el Nautilus había llegado a la base del alto murallón. Me resultaba imposible adivinar cómo maniobraría. Regresé a mi habitación. El Nautilus se hallaba inmóvil, así que me dormí en seguida, aunque con el propósito de despertarme tras unas pocas horas de sueño.

Pero eran ya las ocho cuando al día siguiente entré de nuevo en el salón. Examiné el manómetro y pude ver que el Nautilus navegaba en superficie, lo que se confirmó por el ruido de pasos que oí arriba,

en la plataforma. Cosa curiosa, sin embargo: no se advertía ningún balanceo que denotara la ondulación de las aguas.

Subí hasta la escotilla. Estaba abierta. Pero, en lugar de la claridad del día que esperaba, me vi rodeado de una profunda oscuridad. ¿Dónde estábamos? ¿Me había equivocado y sería aún de noche? ¡No! No brillaba ni una estrella y la noche, además, jamás ofrece unas tinieblas tan absolutas.

No sabía yo qué pensar, cuando una voz me dijo:

—¿Es usted, profesor?

—¡Ah, capitán Nemo! —respondí—. ¿Dónde nos encontramos?

—Bajo tierra, profesor.

—¡Bajo tierra! —exclamé—. ¿Y el Nautilus sigue navegando?

—En efecto.

—Pero entonces, no comprendo...

—Aguarde unos instantes. Dentro de un momento se encenderá el fanal. Si le agradan las situaciones claras, quedará satisfecho.

Subí hasta la plataforma y esperé. La oscuridad era tan completa, que ni siquiera podía ver al capitán Nemo. Sin embargo, al mirar hacia el cenit, justo por encima de mi cabeza, me pareció captar un resplandor indeciso, una especie de luz crepuscular que penetraba por un orificio circular. En aquel momento se encendió súbitamente el fanal, y sus vivos destellos hicieron que se desvaneciera aquel vago resplandor.

Tuve que cerrar un momento los ojos, deslumbrado por la luz eléctrica; luego miré a mi alrededor. El Nautilus estaba inmóvil: flotaba como si se hallara adosado a los malecones de un muelle. El mar en que se hallaba en aquel momento era un lago encerrado en un circo de montañas que mediría tres kilómetros y medio de diámetro y once de perímetro. El nivel de dicho lago—tal como lo indicaba el manómetro— sólo podía ser el mismo que el exterior, ya que debía existir necesariamente una comunicación entre el lago y el mar. Los altos murallones se inclinaban a partir de la base, cerrándose hacia arriba para formar una especie de bóveda semejante a un embudo invertido; su altura alcanzaría los quinientos o seiscientos metros. En lo alto se abría un agujero circular, por el cual había sorprendido yo aquella leve claridad, que no era otra cosa que la irradiación diurna.

Antes de examinar con mayor atención las características interiores de aquella enorme caverna, antes de preguntarme si era obra de la naturaleza o de manos humanas, me volví al capitán Nemo.

—¿Dónde estamos?—le dije.

—En el mismo centro de un volcán apagado—me respondió el capitán—. Un volcán cuyo interior fue invadido por el mar a resultas de alguna convulsión del subsuelo. Mientras usted dormía, profesor, el Nautilus ha penetrado en esta laguna por un canal natural abierto a diez metros por debajo del nivel del océano. Aquí tiene su base, un puerto seguro, cómodo, misterioso, al amparo de todos los vientos. Le desafío a que me encuentre en las costas de sus continentes o islas un refugio tan seguro como éste contra la furia de los huracanes.

—En efecto, capitán Nemo—respondí—. Aquí está usted completamente seguro. ¿Quién podría alcanzarle en el centro de un volcán? Pero, aquello que se ve allá arriba, ¿no es una abertura?

—Sí: el cráter del volcán. Un cráter lleno en otro tiempo de lavas, de vapores y llamas, y que hoy da paso al aire vivificante que respiramos.

—¿Y cuál es esta montaña volcánica?

—Forma parte de uno de los numerosos islotes que se hallan esparcidos por este mar. Para los barcos no es más que un simple escollo, pero para nosotros es una caverna inmensa. El azar me llevó a descubrirla, y el azar me prestó con ello un gran servicio.

—¿Sería posible descender por el orificio del cráter del volcán?

—Tan imposible como llegar a él desde aquí. La base interior de esta montaña es practicable hasta unos treinta metros; pero por encima de esa altura las paredes son extraplomadas, lo que haría imposible una escalada.

—Veo, capitán, que la naturaleza está de su parte. En este lago goza usted de absoluta seguridad y es el único que puede visitar sus aguas. Pero, ¿qué utilidad tiene este refugio? El Nautilus no necesita puerto.

—No, profesor, pero tiene necesidad de electricidad para moverse, de baterías para producir esa electricidad, de sodio para alimentar sus baterías, de carbón para fabricar el sodio y de yacimientos de hulla para extraer el carbón. Pues bien: precisamente aquí el mar recubre bosques enteros que verdearon en pasadas épocas geológicas y que ahora están mineralizados y transformados en hulla. Son para

mí una mina inagotable.

—¿Así que sus hombres se dedican aquí al oficio de mineros?

—Exactamente. Estas minas se extienden bajo las aguas como los yacimientos de Newcastle. Aquí mis hombres, equipados con sus escafrandas, con picos y azadones, van a extraer esa hulla que no he necesitado pedir a las minas de la tierra. Y cuando quemó ese combustible para producir el sodio, la humareda que escapa por el cráter de esta montaña le da todavía la apariencia de un volcán en actividad.

—¿Podremos presenciar nosotros todos esos trabajos?

—No en esta ocasión, porque me urge continuar nuestra vuelta al mundo submarino. Me limitaré a hacer uso de las reservas de sodio que tengo almacenadas. Nos detendremos el tiempo necesario para embarcarlas, es decir: sólo un día, y reemprenderemos nuestro viaje. Si le apetece recorrer esta caverna y dar la vuelta al lago, aproveche el día de hoy, señor Aronnax.

Di las gracias al capitán y fui a buscar a mis dos compañeros, que aún no habían salido de su camarote. Les invité a seguirme sin decirles dónde se hallaban.

Subieron a la plataforma. Consejo, que no se extrañaba de nada, consideró la cosa más natural del mundo despertarse bajo una montaña después de haberse dormido sobre las aguas. Pero Ned no tuvo más preocupación que la de buscar si la caverna ofrecía alguna salida.

Hacia las diez, después del desayuno, bajamos a la orilla.

—¡De nuevo en tierra! —exclamó Consejo...

—A esto no le llamo yo tierra —respondió el canadiense—. Además, no estamos «en» tierra, sino «bajo» tierra.

Entre la base de las paredes de la montaña y las aguas de la laguna había una ribera arenosa que mediría unos ciento cincuenta metros en el lugar de su máxima anchura. Siguiéndola, resultaba fácil dar la vuelta al lago. Pero el arranque de la ladera era un terreno atormentado, sobre el que yacían, en pintoresca acumulación, bloques volcánicos y enormes rocas de piedra pómez. Todas aquellas masas desprendidas, a las que la acción de los fuegos subterráneos había dotado de una superficie como esmaltada y pulida, resplandecían al ser heridas por los rayos de luz eléctrica del fanal. Y el polvo de mica que levantaban nuestros pasos al caminar por la ribera, revoloteaba como una nube de chispas.

Al alejarse del tranquilo nivel de las aguas, el suelo se elevaba sensiblemente. Pronto llegamos a unas pendientes largas y sinuosas, auténticos repechones que nos permitían ir subiendo poco a poco; pero teníamos que caminar con precaución por entre aquellos conglomerados, no apelmazados por ningún cemento, y nuestros pies resbalaban sobre aquellas traquitas vítreas, formadas por cristales de feldespatos y de cuarzo.

Todos los indicios evidenciaban la naturaleza volcánica de aquella enorme excavación. Se lo hice observar así a mis compañeros.

—¿Os imagináis —les pregunté— lo que sería este inmenso embudo cuando estaba lleno de lavas hirvientes y cuando el nivel de los materiales incandescentes se elevaba hasta el agujero de la cumbre, como el hierro fundido en las paredes de un crisol?

—Me lo imagino perfectamente —respondió Consejo—. Pero ¿me podría explicar el señor por qué razón suspendió su actividad el gran fundidor y cómo pudo ser que este inmenso crisol haya venido a convertirse en receptáculo de las tranquilas aguas de un lago?

—Pues, probablemente, Consejo, porque alguna convulsión abrió bajo la superficie del océano la abertura que ha servido de pasadizo al Nautilus. Entonces debieron de precipitarse por ella las aguas del Atlántico, hasta el interior de la montaña. Debíó de haber una lucha terrible entre los dos elementos, que concluiría con la ventaja de Neptuno. Pero desde aquella fecha han transcurrido muchos siglos y el volcán sumergido se ha transformado en una apacible gruta.

—Muy bien—replicó Ned Land—. Acepto la explicación, pero lamentando, en interés nuestro, que esta abertura de la que habla el profesor no se haya producido por encima del nivel del mar.

—Pero, amigo Ned, ¡si el paso no hubiera sido submarino, el Nautilus no hubiera podido entrar por él! —observó Consejo.

—Y yo añadiré, Ned—dije—, que las aguas no se hubieran precipitado en tal caso bajo la montaña, y que el volcán seguiría siendo un volcán. Así que están de más tus lamentaciones.

Proseguimos nuestra ascensión. Las rampas iban haciéndose cada vez más empinadas y angostas. En ocasiones quedaban cortadas por profundas grietas que era preciso salvar. A veces nos veíamos obligados a contornear grandes rocas que pendían sobre nuestras cabezas en un ángulo de más de noventa grados. Teníamos que avanzar a gatas, arrastrándonos sobre el vientre. Pero todos los obstáculos fueron superados gracias a la habilidad de Consejo y a la fuerza del ca-

nadiense.

Al alcanzar una altura como de treinta metros, la naturaleza del terreno cambió, sin que ello quiera decir que resultara más practicable la subida: a los conglomerados y traquitas y sucedieron negros basaltos: aquí extendidos como capas llenas de abultamientos producidos por las burbujas hirvientes; más allá formando prismas regulares, dispuestos como una columnata que sostenía los arranques de aquella bóveda inmensa, obra maestra de la arquitectura natural. Por entre los basaltos serpenteaban largas coladas de lavas enfriadas, incrustadas con vetas bituminosas, y en algunos lugares se extendían grandes alfombras de azufre. Avanzado ya el día, por el cráter penetraba una mayor claridad, que inundaba en su vago resplandor todas aquellas deyecciones volcánicas, sepultadas para siempre en el seno del volcán extinguido.

Pronto, sin embargo, quedó interrumpida nuestra ascensión por infranqueables obstáculos. Habíamos alcanzado una altura de unos setenta y cinco metros. La curvatura interior de la pared se cerraba hacia adentro, así que se hacía imposible subir y sólo cabía avanzar en círculo. A esta altura el reino vegetal comenzaba a luchar con el reino mineral. Algunos arbustos, e incluso algunos árboles, surgían de las escabrosidades de la pared. Distinguí algunos euforbios, de los que brotaba su jugo cáustico. Vi también heliotropos —que mal podrían dar cuenta de su nombre, ya que jamás llegaban hasta ellos los rayos del Sol—, de los que colgaban tristemente sus racimos de flores marchitos sus colores y debilitado su aroma. Aquí y allá retoñaban tímidamente algunos crisantemos, al pie de áloes enfermizos de largas hojas tristes. Pero entre los ríos de lava pude ver unas pequeñas violetas que conservaban aún algo de su aroma. Aspiré su perfume con enorme placer. Porque el perfume es el alma de la flor y las flores del mar, esos espléndidos hidrófitos, ¡carecen de alma!

Habíamos llegado al pie de un grupo de robustos dragoneros que separaban las rocas con el esfuerzo de sus poderosas raíces, cuando Ned exclamó:

—¡Ah, señor! ¡Una colmena!

—¿Una colmena? —repliqué haciendo ademán de perfecta incredulidad.

—¡Si! Una colmena—repitió el canadiense— y con abundantes abejas zumbando a su alrededor.

Me acerqué y tuve que rendirme a la evidencia. Allí, en el hueco excavado en el tronco de un dragonero, se afanaban miles de esos

ingeniosos insectos, tan comunes en las islas Canarias, en donde sus productos son particularmente apreciados.

Ni que decir tiene que el canadiense se empeñó en hacer su provisión de miel, y mal hubiera podido oponerme yo a ello. Tras reunir y mezclar con azufre un montoncillo de hojas secas, les prendió fuego con la chispa de su mechero y comenzó a ahumar a las abejas. Los zumbidos cesaron poco a poco, y el saqueo de la colmena nos proporcionó varias libras de una fragante miel. Ned Laúd llenó con ella su morral.

—Cuando haya mezclado esta miel con la pasta del *Artocarpus*—nos dijo—podré ofrecerles un dulce exquisito.

—¡Estará para chuparse los dedos! —dijo Consejo.

—Pues nos los chuparemos—dije—; pero de momento prosigamos este interesante paseo.

Desde determinados recodos del sendero por el que caminábamos, el lago se mostraba en toda su extensión. El fanal del *Nautilus* iluminaba por completo su tranquila superficie, jamás rizada ni ondulada. La nave conservaba en sus aguas una perfecta inmovilidad. En su plataforma y en la orilla trabajan afanosamente los hombres de la tripulación, sombras negras que aparecían nítidamente recortadas en el seno de aquella luminosa atmósfera.

En aquel momento contorneábamos la cresta más elevada de los primeros planos de rocas que servían de base a la bóveda. Pude ver entonces que en el interior del volcán las abejas no eran los únicos representantes del reino animal: algunas aves de presa planeaban y daban vueltas en la sombra, o escapaban de sus nidos colgados en picachos rocosos. Había milanos de vientre blanco y chillones cernícalos. Por las pendientes corrían también, con toda la rapidez que les prestaban sus zancas, hermosas y gordas avutardas. Es de imaginar cómo se excitó la codicia del canadiense al contemplar aquella caza tan apetitosa y cuáles fueron sus lamentaciones por no tener un fusil a mano... Trató de remplazar el plomo de las balas por piedras y después de varios intentos infructuosos, logró herir a uno de aquellos animales. No exagero si digo que arriesgó veinte veces su vida por conseguir apoderarse del ave, pero lo hizo tan bien, que al fin ésta fue a reunirse en su morral con los panales de miel.

³ VERNE, Julio: Obras selectas: ...*Veinte mil leguas de viaje submarino*. Barcelona: Carrogio, 1985. Págs. 916-929.

Tuvimos que descender entonces hacia la ribera, porque la cresta era del todo impracticable. Por encima de nosotros el cráter se nos mostraba como la amplia boca de un pozo vista desde dentro. Distinguíamos el cielo con bastante claridad, e incluso pude ver nubes que corrían y se amontonaban unas sobre otras impulsadas por el viento el Oeste, y cuyos brumosos jirones eran arrastrados hacia la cumbre de la montaña: prueba evidente de que esas nubes no pasaban a gran altura, porque el volcán no se elevaría más de doscientos cincuenta metros por encima de la superficie del mar.

Había transcurrido una media hora desde la hazaña cinegética del canadiense...³

Pero Telde no sólo ha sido objeto de estudio, de inspiración o de fantasía, por parte de historiadores, poetas o novelistas, sino que ha producido también hijos ilustres, poetas ilustres que brillan con rutilante luz en el firmamento de los poetas canarios.

En Telde, a finales del siglo XIX y ya avanzados los primeros años del siglo XX, se van formando, dentro de un interesante marco cultural, varias tertulias literarias en las que van interviniendo los jóvenes valores locales.

Igualmente en el Casino La Unión o en la finca de Los Leones se reunían unos cenáculos que fueron piedra angular de una gran distinción y concepto lírico. En el Orfeón, don Andrés Cabrera organizaba espaciadamente unas veladas artísticas. En las famosas reuniones de la tertulia “Los sábados de Cabrera”, donde se oía música, lectura de poemas, charlas diversas y cambios de impresiones sobre el mundo de la cultura. Todo esto fue dando origen a la eclosión de un grupo muy importante de valores literarios.

Hay algunos «cenáculos de Telde» en los que forman parte poetas que se inician, como Julián Torón, a los que van añadiendo los nombres de Montiano Placeres, Fernando González, Luis Báez, Patricio Pérez Moreno, Hilda Zudán, Federico Carbajo...

El guía de todas las tertulias literarias de Telde fue Montiano Placeres que no sólo en las reuniones sino en paseos nocturnos,

rodeado de un grupo de íntimos admiradores que lo acompañaban por las calles, recitaba sus poemas que publicó en un solo libro de versos titulado *El remanso de las horas*, con prólogo de Patricio Pérez Moreno.

Cuando Julián Torón viene a Las Palmas, fundó la Sociedad “El Recreo”, donde se crean agrupaciones artísticas que organizan veladas teatrales y fiestas de arte. Por esos salones pasaron los mejores valores artísticos de Las Palmas y, gracias a su iniciativa se organizaron los primeros juegos florales de Las Palmas en el Teatro Pérez Galdós, con la intervención de don Miguel de Unamuno y la brillante clausura de Salvador Rueda.

Las poesías de Montiano son de una gran intimidad y casi, como las rimas de Bécquer, cadencias que el aire dilata en las sombras.

Tiene algunos poemas en que se recoge su visión del mar, como el poema “Playa de Melenara”, pero sus mejores poemas son los escritos en versos de arte menor.

Refleja la pena de la tierra seca del sur grancanario, que ve con tristeza que el agua corre inútilmente para perderse en el mar y dice suplicante:

Sed tengo, agua.
sed de ti; espera.
Tu prisa esta noche
es continuo fracaso de estrellas...

Está Hilda Zudán, seudónimo de María Suárez López, una de las pocas mujeres poetas de Telde, que, a pesar del ambiente adverso del momento hacia la mujer intelectual, desarrolló una gran labor dentro de la Escuela Lírica de su ciudad.

Su obra inédita anda dispersa en las revistas y en los periódicos entre 1920-1970, hasta que ha sido recogida por el cronista de esta Ciudad don Antonio María González Padrón.

Pero el más grande de los poetas de Telde es Saulo Torón, fundador con Tomás Morales y Alonso Quesada de la escuela que

Valbuena Prat llamó la Moderna Lírica Canaria.

Tampoco vamos a ocuparnos ahora de toda su obra lírica, aunque no quiero dejar de mencionar su libro de poemas *Las monedas de cobre*, publicado en 1919, en el que recoge temas del hogar, poemas muy del gusto de los poetas canarios y solamente recogeré un soneto escrito al dejar su antigua vivienda:

Al dejarte, vivienda de mi antiguo respeto,
donde pasé los años más puros de mi vida,
quiero, como homenaje de cordial despedida,
ofrendarte el divino tributo de un soneto.
Bajo la paz augusta de tus viejos maderos
surgió, como un milagro, mi juventud en flor;
en ti soñé las gracias de mi primer amor,
en ti labré el tesoro de mis versos primeros.

Tú guardas en silencio todo el pasado mío;
tu barro es carne mía, que hoy tiritita de frío
en este lento viaje hacia la senectud...

Por eso, aunque te deje desolada y desierta,
vendré todas las noches a llamar a tu puerta,
¡a ver si me responde dentro mi juventud!

También he de citar, aunque sea a vuelo de pluma algunos nombres de otros escritores canarios que se han ocupado de Telde, de su entorno o de sus habitantes, como los Hermanos Millares, o Rafael Ramírez Doreste, que, en su libro *Donde nació*, incluye una narración titulada “La burra de Matías”, en la que habla de los luchadores de Telde, sobre todo de la agarrada del célebre Matías, llamado el dios de los atletas del sur. Pancho Guerra en las Memorias de Pepe Monagas hace alusión a un tipo pintoresco de la localidad, que termina cantando una isa *con una voz muy aseada, pero con una intención de espicho de pita*.

Es obligado mencionar igualmente el libro de Néstor Álamo *Thenesoya Vidina*, en el que se recoge alguna leyenda relacionada con Telde; y el nombre de don Pedro Hernández Benítez, párroco de la iglesia de San Juan, autor del famoso folleto sobre el *Retablo del altar mayor de Telde*, además de diversos estudios

sobre arqueología insular. O también la Sima de Jinámar recordada tristemente en el libro de José Luis Morales.

Creo que además cabe citar a Pedro Lezcano, autor de la famosa composición: *Romance del Corredera*, escrita para el grupo Mestisay e inédita hasta que este conjunto lo grabó en un CD y Gustavo Socorro la editó por primera vez en su libro *El Corredera, aquel fugitivo de leyenda*.

La leyenda de este hijo de Telde es una prueba más de lo que puede hacer un hombre bueno cuando se ve acosado:

Yo trabajé desde niño:
la miseria fue mi escuela;
soñé cuando todos duermen,
lloré cuando todos juegan;
A las horas del amor
hallé el rencor en mi puerta;
mi juventud fue la huida,
la libertad mi cadena;
mi vida evitar la muerte,
mi paz esquivar la guerra...
Yo sólo quise vivir,
tener una mujer buena,
ver a los hombres unidos
en un sola bandera...

¡Juan García, Juan García,
huye por los montes, vuela;
húndete en los tarajales,
piérdete en las rastrojeras;
métete en pajares hondos
o en los pozos que se secan
o en las cuarterías pobres
de aparceros y aparceras!

Porque, según el poeta, sólo encuentra en él un delito:

A Juan pretenden matar,
pero es que Juan no se deja;
su único delito es éste...

Pero es un hombre a quien persiguen y que mata para que no lo maten; que ve desaparecer a su ser más querido, sin poder darle la última despedida:

Muere la madre de Juan;
dicen que Juan desentierra
el cadáver por besar
su manos de costurera.
(No se sabe si es verdad;
lo cuento como lo cuentan)

Y Juan García, el Corredera, ha quedado como una leyenda:

Juan el Nuestro, Juan de todos,
Juan canario, Juan sin rejas.
Juan libre, Juan generoso,
Juan desnudo, Juan miserias...
Milagro isleño que brota,
espiga que nadie riega,
cantar que nadie compone
pero que en el aire suena...

Para terminar, creo que es imprescindible citar la mejor novela que se ha escrito en el siglo XX sobre Telde, producto del novelista canario Luis León Barreto, *Las espiritistas de Telde*, premio Vicente Blasco Ibáñez en 1980.

Los últimos miembros de una familia de origen flamenco, emigrada a Gran Canaria a finales del siglo XVI y enriquecida con las plantaciones de azúcar, se dan a la práctica de ritos de espiritismo y brujería, cuya tradición se dio hasta la guerra civil española.

El primogénito de una familia, que actuaba de medium bajo la protección de un iniciado que trajo esos ritos de Cuba, muere de tuberculosis. Sus hermanas desesperadas invocan su espíritu quien afirma que para liberarse del purgatorio debe morir la más hermosa de sus hermanas que acepta recibir el castigo de una lentísima agonía.

La novela es una síntesis de las epopeyas y crisis que han padecido las islas desde su prehistoria. Aparecen episodios como la fundación americana, la Inquisición, epidemias, sequías, invasiones de piratas, curanderismo, leyendas populares y otros elementos recreados por el autor con un estilo con un estilo que a veces llega a ser desbordante y arrollador.

han traspasado una vez más las fronteras locales y nacionales.
Todo esto ha servido y sigue sirviendo para que el nombre de la Ciudad Telde siga vivo, perenne y continúe históricamente, como desde el principio, como la primera Ciudad de las islas.

BIBLIOGRAFÍA CITADA:

- ABREU GALINDO, Juan de: *Historia de la conquista de las siete islas de Canaria*. Edición crítica con introducción, notas e índice por Alejandro Cioranescu. Santa Cruz de Tenerife: Goya, 1977.
- ÁLAMO, Néstor: *Thenesoya Vidina y otras tradiciones*. La Laguna: Instituto de Estudios Canarios, 1959. 2ª ed. aumen.
- BARRETO, Luis León: *Las espiritistas de Telde*. Prólogo de Yolanda Arencibia. Las Palmas de Gran Canaria: Edircan, 1983.
- LOPE DE VEGA, Félix: *La Dragontea*. Madrid: Museo Naval, Ministerio de Defensa, 1935.
- LOPE DE VEGA, Félix: *La ingratitud vengada* en *Obras completas*. Madrid: Turner, 1993-1998.
- LOPE DE VEGA, Félix: *Los guanches de Tenerife y la conquista de Canaria*. Santa Cruz de Tenerife: Organismo Autónomo de Museos y Centros y Cabildo Insular de Tenerife, 1996.
- MADDOZ Y CORTÉS, Pascual: *Diccionario geográfico, histórico y estadístico de España y sus posesiones de ultramar: Canarias*. Santa Cruz de Tenerife: Interinsular Canaria, 1986.
- MORALES, José Luis: *Sima Jinámar*. La Laguna (Tenerife): Globo, 1995. 9ªed.
- PLACERES, Montiano: *El remanso de las horas*. Las Palmas de Gran Canaria: Pablo Iglesias, 1935.
- RAMÍREZ DORESTE, Rafael: *Donde nació: cuadros canarios*. Barcelona: Salvat e hijo, 1899.
- RUMEU DE ARMAS, Antonio: *Piraterías y ataques navales contra las Islas Canarias*. Madrid: Instituto Jerónimo Zurita, 1947.
- SOCORRO, Gustavo: *Corredera, aquel fugitivo de leyenda*. Prólogo, Jerónimo Saavedra Acevedo. Canarias: [s.n.], 1999.
- TORÓN, Saulo: *Las monedas de cobre*. Ed. facs. de la ed. de

1919. Las Palmas de Gran Canaria: Caja Insular de Ahorros de Canarias, 1986.

- TORRE, Claudio de la: *Las Canarias orientales: Gran Canaria, Fuerteventura y Lanzarote*. Barcelona: Destino, 1966.

- TORRIANI, Leonardo: *Descripción e Historia del reino de las Islas Canarias*. Traducción del italiano, con introducción y notas, por Alejandro Cioranescu. Santa Cruz de Tenerife: Goya, 1978.

- VERNE, Julio: *Aventuras del capitán Hatteras*. Barcelona: Ediciones Orbis, S.A., 1985.

- VERNE, Julio: *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Madrid: Alianza, 1979-1992.

- VIANA, Antonio de: *Antigüedades de las Islas Afortunadas*. Ed. fasc. de Sevilla: Bartolomé Gómez, 1604. La Laguna (Tenerife): Ayuntamiento de San Cristóbal de La Laguna, La Laguna.



M.I. Ayuntamiento de Telde